

# LA SEMANA ILUSTRADA



**10 CÉNTIMOS**

**N.º 78.**

EXALTACIÓN EN EL RIF.—Angel Lejona, español, desertor del batallón disciplinario, es acometido por los moros que le saquean y maltratan.

(VÉASE EL TEXTO EN LA PLANA 2.)



# La Semana Ilustrada

UNICO PRECIO DE SUSCRIPCION: 50 CENTIMOS AL MES EN TODA ESPAÑA

Redacción y Administración: Marqués de la Ensenada, 8.—Teléfono 38.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año II.

Madrid 24 de Octubre de 1908.

Núm. 78.

## NUESTRA PRIMERA PLANA

Los kabileños del Rif continúan sin cesar en sus guerreras andanzas.

Si estas tribus levantiscas aceptaron un día la jefatura del Rogi, ello obedeció á que pensaron adquirir un salvoconducto para poder evadirse de pagar tributos al Sultán. Pero desde que el nuevo amo impuso contribuciones, al punto perdió su autoridad y su prestigio.

Sin más garantías que los hechos consumados, los españoles han venido reconociendo al Rogi como jefe de las kabilas. Fiando en su amparo, como patriotas nuestros establecieron empresas importantes.

Los rifeños que vivían del contrabando de armas experimentaron gran disgusto con la implantación de campamentos españoles en Cabo de Agua y Mar Chica. Perdieron por ello un lucrativo negocio.

Estas y otras causas han determinado un recrudecimiento de la insurrección, siempre latente en las kabilas rifeñas.

Schaldy, uno de los jefes de la rebelión, ha figurado siempre entre los enemigos de España. En Melilla comienzan á despertarse serias inquietudes.

Ha habido ya algunos casos de hostilidad contra los españoles.

Varios desertores del disciplinario vivían entre los rifeños.

Uno de ellos, llamado Angel Lejona, empleado en la compañía minera española, llegó al hospital de Melilla arrojando sangre por la boca.

Lejona recibió orden de trasladar á nuestra plaza la dinamita almacenada en Nador. Al efectuar la operación acometieron los moros, y maltratándole de obra, le despojaron del explosivo y de la acémila.

conquistadora, y cuando volvió á Mirzapur, su pueblo natal, había perdido muchos de los fanatismos.

Y sucedió que, habiendo caído enferma una viajera anglosajona—joven *globe-trotter* que recorría el mundo, vino á morir la sin ventura cerca de la princesa india.

¡Una inglesa! ¡Una infiel! Nadie se atrevía á tocar su cadáver y el cuerpo permanecía insepulto. Pero entonces, la india egregia no pudo soportar aquel cruel espectáculo, y en pleno día, por sus propias manos, dió tierra á la muerta.

Aquella obra de caridad le valió ser mirada con horror por los suyos.

La bella tuvo que huir á Calcuta, segura de encontrar un refugio en el colegio donde se había educado.

Pero halló la pensión en ruinas. Sola, sin recursos, se sintió dichosa al hallar ocupación cerca de la familia de un director de circo. Encargáronle de cuidar unos niños, pero todas sus aficiones era la contemplación de unos cocodrilos que tenía su amo.

Atendíalos con esmero y colmábalos de caricias hasta tal punto, que Jack, uno de los feroces saurios, demostraba por la joven extraordinaria simpatía.

Poco á poco llegó á domesticarlo, viniendo el cocodrilo á comer en sus faldas. Cierta día, trajeron un nuevo animalito al e táncue en que vivía Jack. Era un soberbio y feroz cocodrilo que apenas vió cómo se le aproximaba la joven, lanzóse á matar gruñendo y amenazándola abiertas sus grandes fauces. Pero no pudo hacer presa. El viejo Jack se interpuso, y para defender á su ama, dejó moribundo á su fiero camarada.

El vencido aprovechó la lección, dejándose curar por las piadosas manos de la joven india.

Desde entonces, todos, cocodrilos y domadora, forman una cariñosa familia, y miss Siva—que tal nombre tomó la peregrina doncella *hindou*—exhibe por el mundo el trabajo de sus amados discípulos.

## La domadora de cocodrilos.



MISS SIVA EN FAMILIA

¡Educar cocodrilos! ¡Transformar en animales sabios esos monstruosos saurios cuya ferocidad y estupidez corre parejas con su antipática figura!

Asombra la paciencia del profesor encargado de tales discípulos.

Y si el maestro es maestra, ¿cuál no será el interés que inspire pedagogía tan original?

Presentemos á la heroína.

No vaya á creerse que se trata de un «marimacho», de una mujer fea que buscó tal oficio por dominar á algún sér viviente ya que no podía mandar en los hombres. No; la domadora de cocodrilos, cuyo retrato, en familia, ofrecemos á la curiosidad del lector, era una joven bellísima, perteneciente á la más elevada clase de la India.

Decimos era, porque al nra-

sente la valerosa dama pasó ya «el cabo de los cuarenta».

Su *début* en el extraño oficio que desempeña hace veinte años, revistió todos los caracteres de una aventura maravillosa.

Sabidos son los prejuicios de casta que existen en la gran península indostánica. Toda persona que los viola se ve maldecida en su raza.

Uno de esos prejuicios considera como un criminal, perjuro á sus creencias, á todo *hindou* que se atreva á tocar el cadáver de un cristiano.

Por su desgracia, la joven—que después fué domadora—había pasado algunos años en un colegio de Calcuta regentado por damas inglesas.

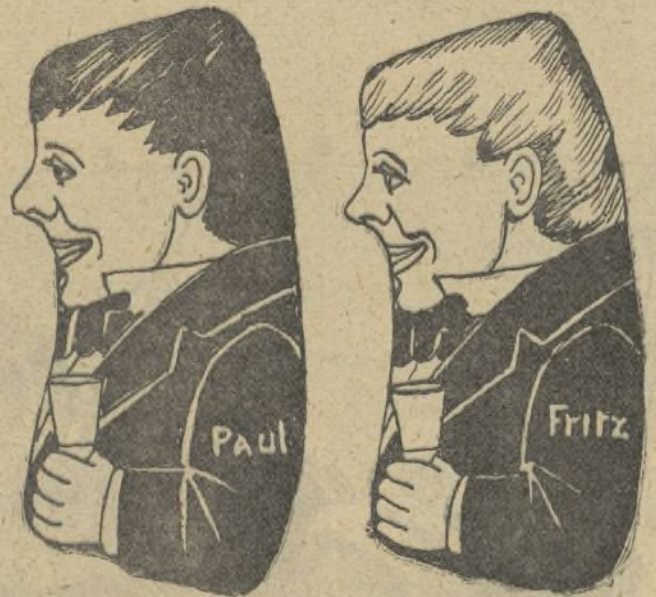
Sus institutrices enseñáronla á sentir afección por la raza



RECHAD PACHÁ, PRÍNCIPE HEREDERO DE TURQUÍA

Los acontecimientos políticos de Turquía han originado la eventualidad de un cambio de soberano. Rechad Pachá, hermano del Sultán actual, es el presunto heredero del trono.

## JUGUETES DE MODA



LOS HERMANOS FRITZ Y PAUL

Aquí teneis un ingenioso y divertido juguete, originario de Alemania, cuyos ejemplares circulan por todas partes produciendo, si no la admiración, al menos la alabanza de los que son sorprendidos con la inocente broma.

Los hermanos Fritz y Paul son dos monos desarrollados en dos plantillas de hojalata perfectamente simétricas. Están dibujados y pintados en colores con una habilidad extraordinaria. El uno es rubio, el otro moreno, y pueden colocarse indistintamente sobre un papel blanco en situación paralela y vertical.

Preguntados cuál es el más pequeño, decís siempre que el de la izquierda, Paul, ó que así os lo parece al menos. Se cambia de lugar uno de los monos, colocándolo detrás, y resulta que Fritz es el más pequeño; os lo vuelven á cambiar, y siempre el de la izquierda resulta el menor.

No os mareéis la cabeza, los dos monos son completamente iguales; se trata de una simple ilusión óptica, producida por la relación de líneas curvas concéntricas: la del dorso de Paul con la del perfil de Fritz.

\*

Otro juguete no menos ingenioso, también nuevo y como el anterior perteneciente á la pequeña industria con que los teutones entretienen á Europa entera, es el de la cristalera rota. La ilusión no puede ser más fiel y característica; os quedáis sorprendidos creyendo realmente que en la habitación inmediata se ha caído un espejo grande ó una puerta de cristales y se han hecho añicos.

Se reduce el juguete y la broma á arrojar con fuerza contra

el suelo media docena de láminas de un metal especial del tamaño de tarjetas postales. El estrépito que producen las planchuelas al caer, rebotar y volver á chocar con el pavimento es tan grande y tan singular de rotura de cristales, que en algunos sitios donde se ha llevado á efecto la bromita han acudido los vecinos de los cuartos inmediatos, preguntando qué había pasado ó qué se había roto, y las señoras de la casa han llevado un susto más que regular.

El metal de las postales metálicas es maleable, muy vibrante y ostentan un color cobrizo. Van de mano en mano prestadas entre amigos para perturbar la tranquilidad de las esposas y ponerle carne de gallina á las *Menegildas*.

Y va de bromas.

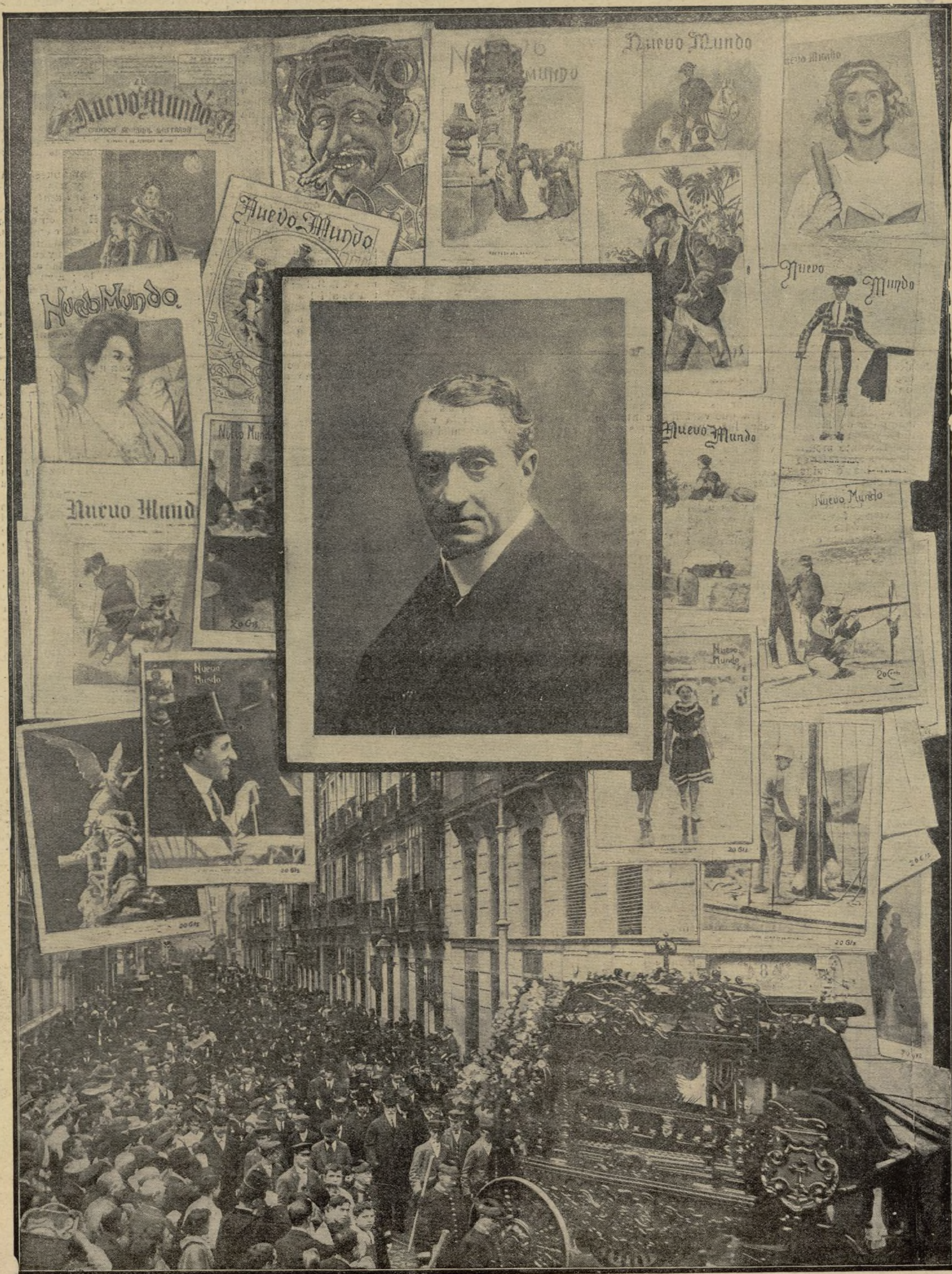
¿No os la han dado con queso? Pues también es otra bromita que «se las trae».

Os invitan á comer; os obsequian modesta ó espléndidamente, y al llegar á los postres os ofrecen un soberbio y apetitoso queso de Gruyere, con ojos y todo; os armáis de cuchillo, cortáis vuestro trozo, que volvéis á cortar en pequeños pedazos, y ¡já la boca!

Ni por el aspecto, ni por su resistencia al cortarlo, ni por el olor, ni por nada notáis absolutamente que os han dado una broma.

Sólo al masticarlo para deglutirlo observáis que al contacto de la saliva empieza á fermentar en pompas de jabón, pero de una manera tan exagerada que en pocos segundos os sale por la boca una verdadera catarata de burbujas de jabón que producen la hilaridad de todos los presentes.





La muerte de Perojo, que tanto respeto y admiración nos inspiró siempre, es para nosotros algo que intimamente nos ha herido fibra muy sensible del espíritu. Los que vislumbramos, casi presentimos—valga la inmodestia—el triunfo de la nota gráfica en la Prensa española moderna, estamos ha largo tiempo unidos por tácitos y misteriosos o neulos de solidaridad profesional. Hay en nuestras tareas mucho que las especializa y que nos hace hermanos. Como miembros de la familia lloramos al gran Perojo, uno de los entendimientos periodísticos más firmes, uno de los creadores de Prensa nueva más ilustres.



## EN EL LAGO DE LA ALBUFERA.- LAS PRIMERAS TIRADAS



UNA BARCA DE REVOLADORES

Al medio día, cuando la apoteosis de oro del sol estival vierte su triunfo sobre la inmensidad del lago, fluye del agua pantanosa el vapor asfixiante que corre una gasa de niebla azulina ante la visión panorámica, desoladoramente monótona; por entre los arrozales se tiende el tejido de las acequias, y sus acuáticas cintas, plateadas a la luz, son surcadas por las embarcaciones, conducidas a la vela si el viento favorece para la navegación o impulsadas a la pértiga cuando la calma aplastante tiende sobre aquellos lugares su pesadez. Son embarcaciones negreadas por una capa de alquitrán que las da un colorido fúnebre y están construidas sin quilla para poder navegar en poco fondo; estos son los vehículos que utilizan los anfibios moradores de la Albufera; en estas barcas les he visto transportar en Agosto los dorados haces de espigas y los sacos repletos de arroz, y lo mismo en una estación que en otra, igual bajo el peso de la sofoquina canicular, que bajo el toldo plumizo que se cierne en invierno sobre toda la laguna, he presenciado el esfuerzo incomparable de aquellos hombres que traen penosa y lentamente el futuro plantío en terrones gredosos desde lejanas costas.

Si laborioso es el labrador de la huerta, que durante el año entero mantiene los frutos y las flores por toda la vega valenciana, más laborioso resulta el labrador de la marjal, que ha de empezar forzosamente por construirse el plantío sobre la inmensa lámina lacustre. Primero plantan la estacada que

señala el lugar y las dimensiones de lo que ha de ser productivo plantío, y luego empiezan a llegar las barcas cargadas de tierra, que vacían su contenido sobre las muertas aguas de la estacada. Tan lejos se hallan a veces los parajes de donde la tierra se transporta, que la barca sólo puede hacer dos viajes diarios, y en estas circunstancias los días pasan, y las semanas, y los meses; la tierra volcada consigue sólo enturbiar un momento el pantano aprisionado, y los años han de venir a traer la esperanza de que pronto acabará de cegarse el cuadrilongo destinado a la agricultura.

El Saler y El Palmar son los dos pueblecitos que constituyen los centros de la vida albuferaña; el primero se dedica especialmente a la caza, y el segundo a la pesca. Entre estos hombres y los que viven de la agricultura existen ciertas rivalidades; el pescador y el cazador yerguen con aristocrática arrogancia su carácter de hijos verdaderos del lago que de él se mantienen sin deteriorarle y miran con desprecio al labrador que cada día merma los límites de la laguna con su ambición de enriquecerse.

Si antes de que los vientos otoñales traigan y descarguen las destructoras tronadas queda hecha la cosecha del arroz, ésta es la industria más productiva de la Albufera; pero después aún quedan la pesca y la caza, que rinden grandes utilidades, de las que sabe aprovecharse el albuferaño.

El Palmar, pueblo de los pescadores, tiene a sus espaldas la Dehesa, larguísima lengua arenosa que separa al lago del mar, y en cuyo suelo crece una raquílica pinada entre juncos y tomillos; este pueblecito es continuamente una pequeña península, y cuando crecen las aguas de la Albufera se convierte en diminuta isla rodeada de eneas y espadañas. Allí, en Nochebuena, se verifica anualmente el sorteo de los lugares de pesca más estratégicos, y por tanto, de mejores resultados productivos, y hay, entre el gran tejido de las acequias, una deseada de todos: la *Sequitota*; la denominan con este aumentativo por su ancho cauce, en donde, tendidas las redes, se consigue una cantidad considerable de pescado en el que abunda la anguila. Esta suerte constituye para los pescadores la misma fortuna que el premio mayor de la lotería. Y mientras los habitantes de El Palmar se dedican a sus explotaciones de pesca velando por las noches invernosas sobre los ribazos de los canales y durmiendo en el vientre de las barcas forradas de carrizo seco, los de El Saler esperan la llegada de los cazadores que les traen el acopio de

medios de vida para todo el año.

Verificado el sorteo de los puestos, los cazadores salen de la capital en diligencia, y algunos llegan de este modo a El



EL PERRO RECUPERANDO UNA PIEZA

Salér, otros embarcan en el *Pont de Peransa*, sitio donde empieza el canal, y otros prefieren hacer el viaje náutico embarcándose en el puerto de Catarroja, según conviene a sus gustos o al lugar en que se halla instalado su puesto.

Ansioso presenciar una de estas famosas tiradas, he ido este otoño a la Albufera. Como el viento favorecía, ya embar-

cado en el embarcadero del canal, izó el barquero la vela, y la nave se deslizó por la estrecha acequia orillando la muerta marjal y abatiendo con la proa las plantas acuáticas que se interponían a su paso.

Comenzaba a iniciarse el crepúsculo; el sol, como un globo incendiado, caía sobre el diminuto caserío de Sollana y Catarroja, que se dibujaba en la lejanía dorado por los últimos rayos; los murciélagos, como heraldos de la noche, llegaron hasta rozarme la frente en su loco girar alrededor de la barca, que lentamente me conducía, y la sombra, en su codicia de dominio, iba empujando a la luz que, al esconderse tras las montañas fronterizas, enrojecía al cielo y dejaba sangre en los pantanos.

Era de noche cuando llegamos a El Saler; además de sortearse allí los puestos para las tiradas, se venden licencias para cazar en bote desde el 7 de Septiembre, que se levanta la veda, por espacio de trece sábados, hasta el de Pasión.

Después de cenar en este pueblecito, formado en su mayoría de barracas, volvimos a la barca, y al cabo de unas tres horas de navegación, llegamos a la *Mata del Fanc*, extensión de carrizales salvajes, desde la que

teriosos del lago, sonaban los estampidos de la pólvora que, a grandes intervalos, disparaban algunos cazadores en vigilia.

Una tenue claridad por la parte del mar inició el amanecer; como apocalíptica hostia encendida, de las aguas salobres se alzó el sol majestuoso sin que su luz deslumbrase la retina, el estruendo de la tirada que empezaba y el revuelo incesante de las aves inquietas, parecían saluciones de religión pagana.

Entonces dejamos nuestra cuna de carrizos y nos dispusimos a recorrer el *Luent*, la inmensa extensión lacustre libre de arrozales. Había en el lago muchos puestos de cazadores. El puesto es como medio tonel plantado con estacas y cubierto de carrizo para ocultar el artificio del cazador; algunos de ellos tienen *botada*, profusión de patos de corcho pintado que, merced a unos plomos, fingen movimientos de vida que atraen a sus semejantes vivos al pasar cerca de ellos. En muchas ocasiones se ven grandes bandadas que van nadando para descansar del continuo vuelo, y entonces los revoladores se aproximan en los botes y procuran hacerles huir hacia la parte donde se hallan los puestos a que el revolador corresponde. Si del disparo cae herida algún ave, salta el perro al agua y persigue la pieza que en vano pretende librarse de su perseguidor, sumergiéndose para despistarle; los cuatro remos del can adelantan a los dos del palmípedo herido y prisionero entre los dientes de su enemigo, es conducido a la barca del revolador.

Son muy diversas y grande el número de aves que, huyendo de los fríos del Norte, vienen a refugiarse en la Albufera; en una memoria compuesta por D. Ignacio Vidal, catedrático de Zoología de la Universidad de Valencia, apunta 110 clases de aves diferentes, especificándolas por sus nombres valencianos, castellanos y científicos, pero las fojas (fúlicas), y los *colls verts* (llamados así por el collar de plumas verdes que al sol despiden reflejos metálicos), y los ánades son los que en mayor número se cazan.

Al medio día volví a El Saler, en el momento que desembarcaban unos cazadores con grandes racimos de grisáceas fúlicas. En las riberas, y muy semejantemente a los viveros de anguilas de El Palmar, hay unas barraquitas de madera llamadas *portels*, donde se guardan los aprestos de caza; abandoné El Saler y regresé hacia el embarcadero en busca de la diligencia; el mismo panorama de la tarde anterior pasaba ante mi vista como lento cinematógrafo.

Julio HOYOS.



EMPALIZADA Y PUESTOS DE TIRADORES



LLEGADA A EL SALER DE UNOS CAZADORES DESPUÉS DE LA CACERÍA



# EL VIAJE DE LOS REYES Á CATALUÑA



ASPECTO DEL PASEO DE GRACIA, EN BARCELONA, AL PASAR LA COMITIVA REGIA

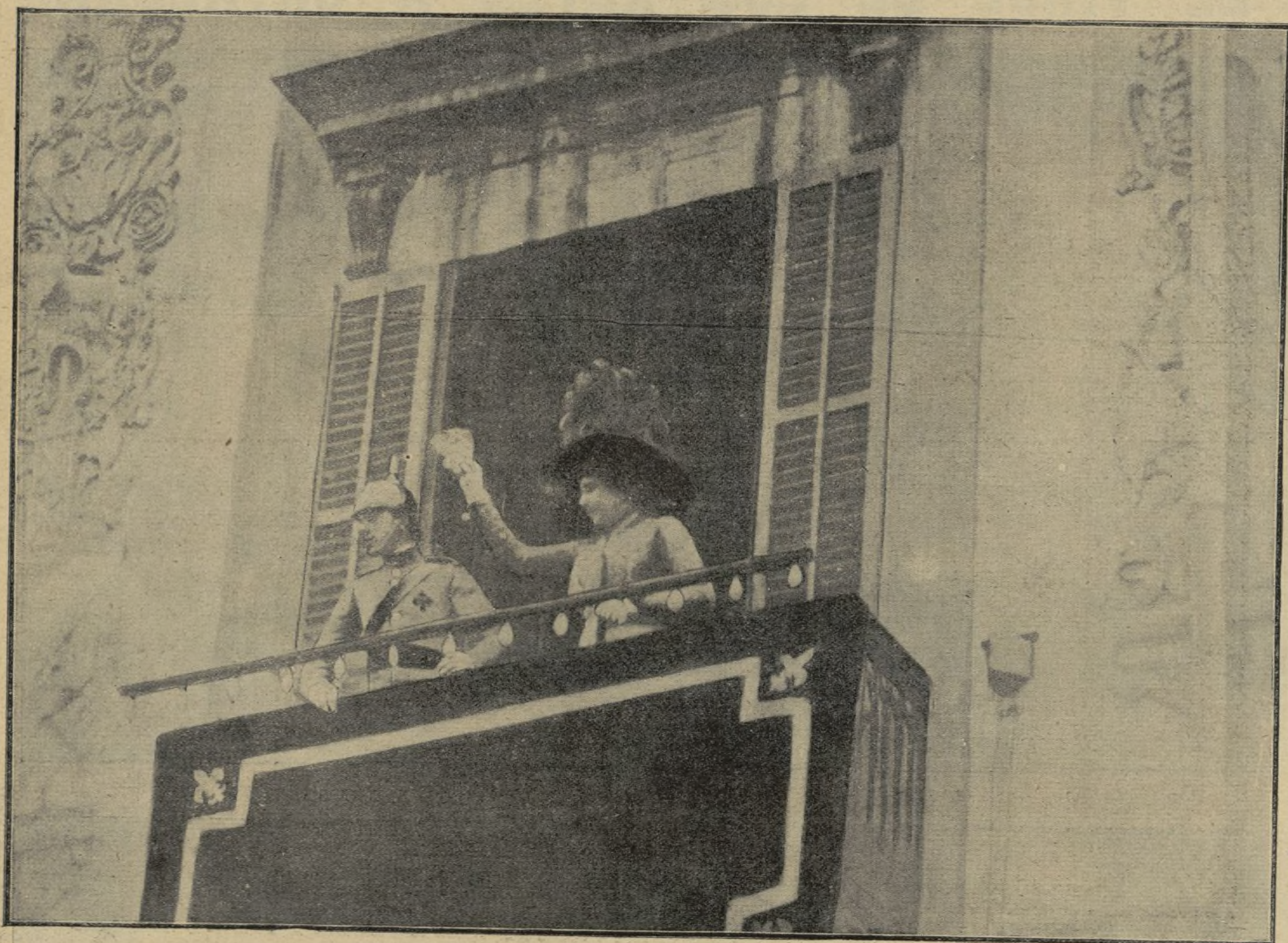


EL COCHE DE DOÑA VICTORIA Y DON ALFONSO Á SU PASO POR LAS RAMBLAS DE LA CIUDAD CONDAL

(Fots. Alfonso.)



## LOS SOBERANOS SE COMUNICAN CON EL PUEBLO



SS. MM. SALUDANDO Á LA MULTITUD DESDE EL BALCON DE LA CAPITANÍA GENERAL



RECEPCIÓN TRIBUTADA Á LOS REYES POR LOS ELEMENTOS ESCOLARES DE BARCELONA

(Fots. Alfonso.)





# HERIDAS QUE NO SE CIERRAN



Era la primera vez que Antonio había dejado de tener ciega confianza en Luisa, y así fue para siempre, hasta la hora de su muerte, que en asuntos de amor, una leve sombra de recelo que nos muerda el corazón, durando sólo lo que tarda en quemarnos la frente el paso de la idea, fatalmente ha de ser flecha envenenada que inficiona la sangre con el aguijón de los celos. Y fué lástima, en verdad, la ruptura de aquellas relaciones, hasta el día de la riña, al parecer, ejemplo viviente de esas pasiones desinteresadas y puras, sin medida y entusiastas, en el siglo XX vinculadas no más que en la mente del poeta que las sueña.

Luisa era pobre, tanto como bella. Única hija de un honrado matrimonio de burgueses, siendo muy niña, una epidemia la privó del cariño y del amparo de su padre. Desde entonces la viuda trabajó sin descanso, cosiendo en un obrador primero, montando después, á costa de grandes esfuerzos, una pequeña industria de ropa blanca. Su cuidado preferente era la educación de su hija, y á este objeto destinaba gran parte de sus contados recursos.

Así las cosas, pasó la niñez de Luisa, una infancia como tantas otras transcurren, llena de privaciones, atormentada la madre por no poder satisfacer con frecuencia el inocente antojo de la pequeña, que lloraba porque no tenía juguetes, tirando de frío porque sus ropas, en mal uso, no prestaban á su débil cuerpecito el calor que conforta, parándose en los escaparates de la dulcería y yéndosele los ojos detrás de la golosina que no podía lograr.

Ya hacía bastante tiempo que la hija ayudaba á la madre en sus labores de costura, cuando Luisa cumplió diecisiete años.

Por un capricho de la naturaleza, en la joven, contrastaba bellísimamente la blancura de su tez con los ricitos graciosos de un pelo muy negro, y para más atractivo de tan extraño hermosura, eran los ojos de Luisa como el color de los cielos, de un azul transparente, ojos que enloquecían, á veces lánguidos y acariciadores, cual el rayo fulgurante si la pasión encendía los rayos de sus pupilas. En su cuerpo de diosa la línea curva hacia primores, contorneando á maravilla la cintura flexible y el cuello de paloma.

Cuando Luisa cruzaba las calles era de ver cómo llamaba la atención del paseante galanteador é indiscreto que, sin darse cuenta, seguía los pasos menuditos de la arrogante muchacha.

Muchas declaraciones de amor y muchas cartas llenas de pasión y de ofrecimientos de todas clases había recibido Luisa; pero en honor á la verdad, jamás hizo caso alguno de las pretensiones de sus adoradores, porque los que sinceramente le ofrecían su corazón y su mano eran pobres muchachos obreros como ella, hombres vulgares y ordinarios que de ninguna manera podían interesar á una mujer como Luisa. Los que le gustaban eran los otros, los señoritos, los que paseaban su calle en coche elegantes y

perfumados. Pero esos no se casarían con ella, ¡ya lo sabía la chica! y como era una buena muchacha, ponía especial cuidado en no alentarles apareciendo, como era en realidad, recatada y juiciosa. Entre sus más entusiastas pretendientes figuró Antonio del Arco, y aunque sus padres murieron sin dejarle capital alguno, un hermano de su madre, enriquecido en la Bolsa, sin otro pariente y sin otra afeción que su sobrino, le nombraba, en testamento que el muchacho conocía, su heredero universal, teniéndole señalada una crecida pensión. Antonio disfrutaba á sus anchas, haciendo una vida disipada, no porque fuese viciosa su naturaleza, ni siquiera por frivolidad de carácter, sino por convicción. Había cumplido treinta años buscando siempre una mujer que con él compartiera todos sus ensueños de amor y por todas partes advirtiera ausencia completa de los sentimientos que conceptuaba necesariamente integrantes de un amor como á su alma soñadora era menester para que fuera digno de su corazón.

Las imponderables ilusiones

le ocurrió ir á pasear por las alamedas del Retiro. Era domingo, y entre las personas que disfrutaban aquella temperatura deliciosa, Luisa y su madre caminaban despacio por entre una doble hilera de árboles, descansando en el día festivo de los pesados trabajos de toda la semana.

La excelente señora contemplaba amorosamente las adorables perfecciones que con tanta prodigalidad había concedido Dios á su amadísima hija que, silenciosa y tan linda como una rosa de Mayo hacía vagar sus espléndidos ojos de la arena que pisaba á la espesa bóveda de follaje que cubría el paseo.

En dirección contraria á la que llevaban Luisa y su madre, venía Antonio, marcándose en sus labios la sonrisa que el escepticismo dibujó en ellos desde el día en que renunció á encontrar lo que por mucho tiempo buscara con afán.

Esa primera impresión de que tanto hemos oído hablar como preludio de un amor, ese no sé qué atractivo y misterioso que subyuga y fascina, incluso el estremecimiento clásico, nun-

del manantial. Los velos del crepúsculo comenzaban á tender sus filantes gases; triste presagio! porque las sombras de la noche parecían heraldos funestos, anticipada imagen de una negra fortuna para aquellos incipientes amores que alejaban al ocultarse la luz del sol.

Los acontecimientos se sucedieron después con maravillosa celeridad. Al día siguiente de conocer Antonio á Luisa le escribió una carta, no las cuatro vulgares líneas de la declaración estereotipada, sino cinco pliegos de letra menuda, en los que el joven vertía su corazón contando su historia, la tristeza de su pasado, la indiferencia de su presente, las esperanzas de su futuro de-de que sólo en veinticuatro horas cifró en algo real y palpitable lo que siempre imaginó la única felicidad posible sobre la tierra.

Aquella carta no podía escribirse sin ser sentida, era un corazón desbordado, era la originalidad de un hombre superior, era, en suma, hacerse conocer inmediata y claramente. Luisa, que tenía mucho entendimiento y cuyo carácter era veheméntísimo, acogió de muy buen grado la conducta de Antonio, correspondiendo con otra carta también franca, leal, aceptando las relaciones que se le pedían.

Ocho días más tarde, durante los cuales ni uno sólo dejaron de escribirse los entusiasmados novios, hablando también por el balcón á las altas horas de la noche, convenido de antemano en una conferencia de la madre con la hija, palpitándole el corazón á impulsos de los más nobles sentimientos, entraba Antonio en la modesta casa habitada por Luisa.

Tan sinceramente habló el muchacho, que desde su primera visita la pobre señora le tendió sus brazos, ofreciéndole un cariño de madre. De esta suerte pasaron dos meses sin que una sola nube empañara la más envidiable de las felicidades. El joven abandonó totalmente sus costumbres de vida alegre, trasladó su lujoso mobiliario de soltero á una casa próxima á la de Luisa, y todas las noches, acabada la costura en el obrador, se reunían contentos; Antonio que, gozoso, formaba proyectos para el porvenir; la niña, que le oía llena de satisfacción, y la madre, dando gracias á Dios por la felicidad que al fin llamaba á la puerta de unos desheredados.

El domingo, los novios salían al campo. Muy de mañana, tomaban el tren para regresar en las primeras horas de la noche. Toledo, El Escorial, Aranjuez, fueron testigos de idílicas escenas cuyo recuerdo imborrable era para Antonio delicioso anticipo de una luna de miel soñada á orillas del Bósforo; para Luisa y su madre, el sugestivo albor de una amable existencia de regalo y recreo, hasta entonces vedada á su vivir humilde.

Un día se presentó Antonio en casa de Luisa triste y abatido.

—¿Qué tienes, amor mío?—le preguntó su novia ansiosa y preocupada.

—Nada—dijo el joven, procurando sonreír.

Mas como varias veces insistiera la muchacha queriendo saber la causa de las arrugas que veía en la frente de su novio, éste se decidió á decir toda la verdad. Contó que había estado á ver á su tío para manifestarle el secreto de su corazón pidiéndole que apadrinara su boda. Con la amargura que puede suponerse, repitió el dis-

curso que le había echado el viejo capitalista, diciéndole, por último, que si se obstinaba en casarse con Luisa, le desheredaba en absoluto.

—Y como habló en mengua tuya—siguió Antonio exaltándose á medida que hablaba—, respondí á mi tío que para nada quería su dinero si había de separarme de tí, á lo que hubo de contestarme ese hombre, que desde hoy aborrezco, una infamia, á cuyo solo recuerdo salta la sangre en mis venas y tengo que contenerme para no salir corriendo en su busca y arrancarle la lengua.

—¿Qué dijo ese caballero?—interrumpió gravemente la madre de Luisa.

—Dijo, Luisa mía—continuó Antonio cogiendo las manos de su adorada, olvidándose de responder á la excelente señora—, dijo, que si tanto te amaba él nos facilitaría á manos llenas el dinero para que fueses mi querida, pero que jamás te diera mi nombre. Y entonces yo, por no apretar entre mis manos la garganta del miserable que te ultrajaba, mi protector de siempre, el hombre que me ha servido de padre, huí de su presencia.

Calló Antonio, mirando de hito en hito los ojos de la mujer que idolatraba, y creyó ver pasar por ellos un relámpago que sólo él hubiera podido advertir.

—¡Mírame, Luisa, clava tus ojos en los míos!—dijo entre dientes con voz que silbaba entre sus labios.

Como ella no lo hiciera al punto, esta vez rugió como un león el desventurado Antonio, y apretando con fuerza las muñecas de su novia, murmuró entre amenazador y suplicante:

—¿Es que no me quieres porque soy pobre?

—¿Qué cosas dices!—contestó ella distraída y confusa.

Y esas palabras salieron de sus labios dichas de una manera que el pobre amante sintió que se le desgarraba el corazón, que algo muy grande caía por los suelos, hasta que por un esfuerzo prodigioso, posible sólo entre los hombres del temple de Antonio, se pasó las manos por la frente, y dejando escapar el alma en un profundo suspiro, no pronunció otras palabras que éstas: «Adiós para siempre.»

Enrique SA DEL REY.

Dibujos de BLANCO CORIS.



de hacer suya ante el altar una mujer adorada, emanación de los más caros ideales, el cariño santo de una esposa amantísima sin otro «más allá» que los ojos de su marido, la primera sonrisa del hijo esperado con verdadero anhelo; ¡esol! ¡esol! tal vellocino de oro, tal paraíso se afanaba en buscar Antonio del Arco, y á todas partes dirigía el proyector de su linterna investigadora descubriendo siempre enmascarada la virtud, fingido el candor, falseado el desinterés, imperante la vanidad, dominando en la mujer un afán de lujo al que supeditaba todo con más ó menos claridad de procedimiento. Y cansado de ver, cuando no estos horrores, una irritante frivolidad germen sin duda de futuros é irreparables extravíos, volvió Antonio á la vida bulliciosa, tomando el mundo como es en realidad, positivista, grosero y miserable, pero siempre guardando allá en lo íntimo del alma la imagen idolatrada de la mujer de sus sueños, un sér que sólo tenía la representación que un romántico le forjara para sufrir con su ausencia.

Entre la cita clandestina y la última función de Apolo, iba pasando la juventud de nuestro pobre Antonio, evaporándose los mejores años de su vida como la espuma del Champagne que hacía arder su frente. Una hermosa tarde de primavera se

cio de una pasión; todo esto sintieron Luisa y Antonio cuando, al cruzar uno al lado del otro sus ojos se encontraron. Era Luisa muy hermosa y era Antonio muy guapo; no pasaba él de los treinta años y no había cumplido ella dieciocho, tenía Luisa el alma impresionable y el retrato de la mujer que Antonio llevaba en su corazón no podía estar más tiempo sin marco.

Las mejillas de la muchacha se tiñeron de púrpura, la frente del arrogante mancebo se cubrió de un sudor copioso... Luisa siguió su camino haciendo imposibles esfuerzos para no volver la cabeza. Antonio, sin darse cuenta de lo que hacía ni de lo que le pasaba, dió la vuelta para enderezar sus pasos en seguimiento de aquella visión que se le aparecía resucitando de una vez los dormidos recuerdos del ideal que acarició tanto tiempo.

No puedo engañarme—pensaba Antonio—; lo que no halló mi cerebro acaba de descubrirme el corazón.

Y extasiándose en la contemplación de la gentil criatura, salieron del Retiro andando casi juntos, abrasándose con sus miradas, mientras los pájaros trataban en la arboleda entonando el himno celestial con que saluda Cupido la brillante aurora de un amor que nace, puro como las aguas al brotar





Admirable y sentido cuadro de género del famosísimo pintor francés Leon Gerome.



# AMORES TRÁGICOS



RAFAELA GUAZZOTTI

Nuevamente aparece en París la racha fatal de crímenes sombríos.

El suceso que vamos a relatar ocurrió la pasada semana. Trátese de un espantoso drama de familia, cuyos novelescos e interesantes pormenores causaron gran sensación en la populosa barriada donde se desarrolló la tragedia. Junto a los más rudos ataques hacia la mujer asesino causante de la desgracia, y las frases de compasión para la víctima del crimen, sugestiva y pujante, álzase una aureola pasional en derredor de la protagonista, y que a poco más coloca a esta mujer junto a las heroínas de amor que pasaron a la historia.

En el núm. 7 de la calle de Haies, en medio del populoso barrio de Charonne, habitado por una gran ciudad obrera, tenía su albergue numerosa colonia de italianos. Entre ellos, y ocupando un alojamiento modestísimo, figuraba Joseph Bouc, con su esposa Rafaela Guazzotti.

El, es un hombre de treinta y cuatro años, inteligente obrero de una fábrica de cartón; ella, de veinticinco, dedicábase a las faenas domésticas. Rafaela estaba dotada de una gran belleza. En los varios años que el

matrimonio llevara viviendo en la Charonne, había logrado justa fama de inmejorable conducta.

Alguien decía que si la primera juventud de Rafaela no fuera tan ejemplar como al presente; pero es lo cierto que ignorando el marido estos oscuros antecedentes la dicha reinaba en el modesto hogar.

Así las cosas, llegó a París, sin trabajo y hambriento, un hermano de Joseph. Hostigado por la necesidad, vino a pedir amparo hasta que encontrase ocupación. No obstante sus contados recursos, Joseph abrió los brazos a su hermano Alejandro, brindándole casa y comida y el calor de su hogar.

El pisito ocupado por el matrimonio era de muy reducidas dimensiones, no contando más que tres piezas: el comedor, separado de la alcoba por una puerta de cristales, y la cocina. Al huésped se le disponía por las noches un catre de tijera en el comedor.

Joseph veíase obligado a permanecer fuera de casa todo el día.

En cambio, Alejandro, como no encontraba trabajo, apenas si salía de la habitación.

Durante esas largas ausencias del marido, prendió la llama del amor en Alejandro y Rafaela, que al amparo de la



ALEJANDRO BOUC

impunidad en que se deslizaba su delito, por mucho tiempo continuaron infamando el honor del generoso burlado.

Bruscamente, la escena sufrió un cambio. Alejandro halló trabajo, y en cuanto sintiera en sus bolsillos las primeras caricias del metal, comenzaron las disipaciones, gastándose el jornal en alegres francachelas.

Por ello, la adúltera padecía de celos, sosteniendo con su amante encarnizadas disputas.

Al propio tiempo, como viera Joseph que su hermano se negaba a contribuir a los gastos de la casa, tuvo con Alejandro una explicación decisiva, determinando ambos el que a la ma-

ñana siguiente marchárase el huésped.

Tal escena ocurría mientras los personajes de este drama consumían su modesta comida de la noche.

Dos horas después, todos parecían descansar; Joseph y Rafaela, en el lecho conyugal; Alejandro, en el comedor.

El mal hermano, cansado de su amante, veía en esta separación el medio de librarse de los asedios de su cuñada, y acaso soñaba con aires de libertad.

Cuando al romper el día abrió los ojos Joseph, mucho se extrañó de no encontrar a su lado a Rafaela.

Inquieto fué a abrir la puerta

de cristales, y juzguese de su espanto al contemplar a su hermano tendido en el lecho y en medio de un gran charco de sangre.

Junto a la cama, y en el suelo, aparecía el cadáver de su esposa.

Horrorizado, presa de súbita locura, salió corriendo Joseph pidiendo auxilio a grandes voces.

En los primeros momentos creyóse en la culpabilidad del marido.

Después, pudo ser reconstruido todo el drama fatal: Rafaela, celosa, sorprendió el sueño de Alejandro. Sin despertarle le clavó un cuchillo en el corazón. Acto seguido quitóse la vida sin lanzar un grito.



JOSEPH DESCUBRE LOS CADÁVERES DE SU ESPOSA Y HERMANO

## PELÍCULA DE ACTUALIDAD, por Tovar.



MARSAL



AZORÍN

ACADEMIA  
DE LA  
LENGUA

### LOS PRIMEROS TENORIOS

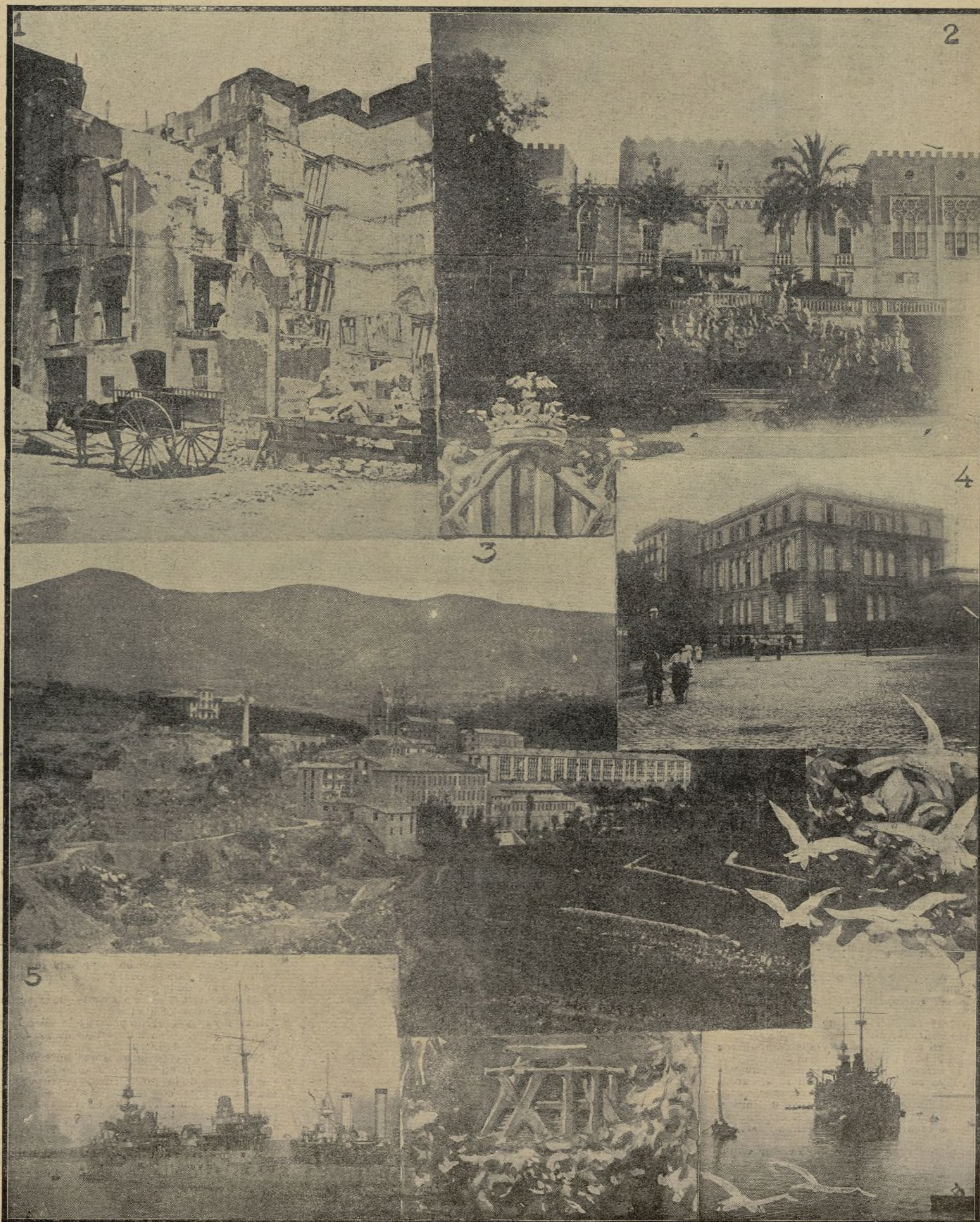
MARSAL.—No es verdad, mi corazón, que ya estás tú medio loca con el puro de mi boca y las borlas del bastón.

AZORÍN.—Tu mirada me envenena y casi casi me embriaguas. Yo quiero cubrirte jenal con mi pequeño paraguas.

Ayuntamiento de Madrid



*Obras, colonias, posesiones y barcos de la escuadra francesa que visitarán los Reyes en su viaje á Cataluña.*



1. ESTADO EN QUE SE ENCUENTRAN LAS OBRAS DE REFORMA DE BARCELONA, Y QUE HAN SIDO ACTIVADAS CON EL DERRIBO DE TRES CASAS EN LA CALLE ANCHA, Á FIN DE QUE LOS REYES PUEDAN APRECIAR MEJOR EL TRANSCENDENTALÍSIMO PROYECTO MUNICIPAL.—2. LA TORRE BLANCA, POSESIÓN DE LA MARQUESA DE MONISTROL, QUE VISITARÁN SS. MM. EN SAN FELIÚ DE LLOBREGAT.—3. PALACIO DEL MARQUÉS DE ROBERT, EN EL QUE SE DARÁ UN BAILE DE GALA EN HONOR DE LOS SOBERANOS.—4. COLONIA Y FÁBRICA DE LOS SRES. PONS EN PUIGREIG, QUE SERÁ VISITADA POR LOS REYES.—5. ACORAZADO «PATRIE».—6. ACORAZADO «REPUBLIQUE». AMBOS MAGNÍFICOS BUQUES DE LA ESCUADRA FRANCESA DEL MEDITERRÁNEO, RECIBIRÁN LA VISITA DE LOS SOBERANOS ESPAÑOLES.

(Fots. Garrigosa.)





UNA ESCENA DE «EL BANCO DEL RETIRO», ZARZUELA DE VIÉRGOL Y CALLEJA, QUE SE ESTRENÓ EL JUEVES EN EL TEATRO DE APOLO

(Fot. Enrique.)

## Arriesgada fuga de un reo de muerte en la Cárcel Modelo.

Se trata de un preso de importancia sobre el cual pesa la responsabilidad de un horrendo crimen: el celeberrimo del ermitaño de Palencia.

Varios foragidos dieron muerte al infeliz, destrozándole la cabeza. Después, desvalijaron la ermita.

Se practicaron infinidad de pesquisas, infructuosas, para la detención de los asesinos.

Algún tiempo después la Guardia civil de uno de los puestos cercanos á Madrid detuvo en el cerro de San Blas á tres sujetos que venían á pie.

Registrados, encontráronse 200 duros en poder de uno de ellos.

Conducidos á Madrid, fueron enviados á Palencia.

En el trayecto lograron fugarse dos. Uno de ellos era Pedro García Prieto.

El tercero confesó que él y sus compañeros evadidos habían asesinado al ermitaño.

En los primeros meses del año actual, nuevamente cayó en poder de la justicia el García Prieto.

Comprobada su participación en un importante robo en los alrededores de El Escorial, se le trajo á Madrid para responder de este delito.

Tal pájaro de cuenta es el que ha logrado fugarse de la prisión celular, realizando su hazaña en peligrosísimas condiciones.

Cuando los vigilantes de la cárcel procedieron á la requisa diaria, encontraron vacía la celda 582 de la tercera galería.

Era la que ocupaba Pedro García, por otro nombre Antonio Bru.

Verificaron una detenida inspección y vinieron en conocimiento de la forma en que se había escapado el preso.

En su celda había aquél quitado del camastro el hierro de una de las patas.

Con él hizo un pequeño agujero en la pared, levantando dos ladrillos y dejando al descubierto la parte baja de la reja.



PEDRO GARCÍA PRIETO, UNO DE LOS ASESINOS DEL ERMITAÑO DE PALENCIA, Y QUE EL ÚLTIMO JUEVES LOGRÓ EVADIRSE DE LA PRISIÓN CELULAR

Luego, utilizando instrumentos que no han parecido, quitó una de las barras de la reja, y por el hueco que quedaba salió al patio de la galería.

Es esta la galería llamada «del galápago», donde pasean los presos.

Sirviéndose de los mismos instrumentos, que se ignora quién le facilitara, arrancó dos vigas de madera de buen tamaño del galápago y las unió por los extremos, atándolas superpuestas con una cuerda, que también debieron facilitarle sus cómplices de la calle.

Las vigas las empleó en seguida á modo de escalera, encaramándose, gateando por ellas, hasta el muro de la galería.

Estando sobre él subió las vigas que le sirvieron para descender al otro lado.

Estaba ya en el último patio de la cárcel, en el que están situadas las garitas de los soldados encargados de la guardia.

No le arredró el peligro de que un centinela le atravesase de un tiro, y cruzando la galería por el centro de las dos garitas, apoyó por última vez las vigas contra la pared y se arrojó á la calle, que es una de las transversales de la de la Princesa.

Las vigas aparecieron pegadas al muro.

Nadie vió el atrevido trabajo del preso; ni los vigilantes, ni los soldados, advirtieron nada anormal durante la noche.

Por cierto que hay el detalle extraño de que en la madrugada se apagaron los focos del patio general.

Esta circunstancia vino á favorecer el éxito de la evasión.

Según parece, el Sr. Salillas, antes de marchar á Zaragoza, había encargado especial vigilancia sobre este preso.

Ayer, y á propósito de este suceso, era objeto de no pocos comentarios la coincidencia de que la tentativa de fuga y la evasión que ha habido en la cárcel desde que el Sr. Salillas es su director, han ocurrido precisamente durante ausencias del ilustre antropólogo.



## EL FANATISMO EN ESPAÑA



Si ciertas noticias no vinieran acompañadas de una gráfica documentación, juzgara el público periodístico fantasía lo que en verdad hay derecho para reputar incro-  
simil. Pero la instantánea no miente, y ahí va el «cliché» que puede dispensarnos de un extenso relato. El es bien elocuente: un pueblo en masa fanatizado por las predi-  
caciones de un «viro» que, diciéndose hijo de Dios, come y duerme de «agua», y que intenta, por último, llevarse «al cielo» la mejor maza del partido, con anuencia del  
maestro, el cura y el alcalde del pueblo, primeras víctimas del embaucador.



## BODA DE PRÍNCIPES



ALFJANDRA VICTORIA DE SCHLESWIG Y SU ESPOSO AUGUSTO GUILLERMO, CUARTO HIJO DEL KAISER QUE EL 21 DEL CORRIENTE CONTRAJERON MATRIMONIO

## EL REGRESO DE LOS REYES



LL'GADA Á MADRID DE DOÑA VICTORIA Y D. ALFONSO, DESPUÉS DE SU VIAJE POR EL EXTRANJERO (Fot. Alfonso.)

## NOVEDADES TEATRALES

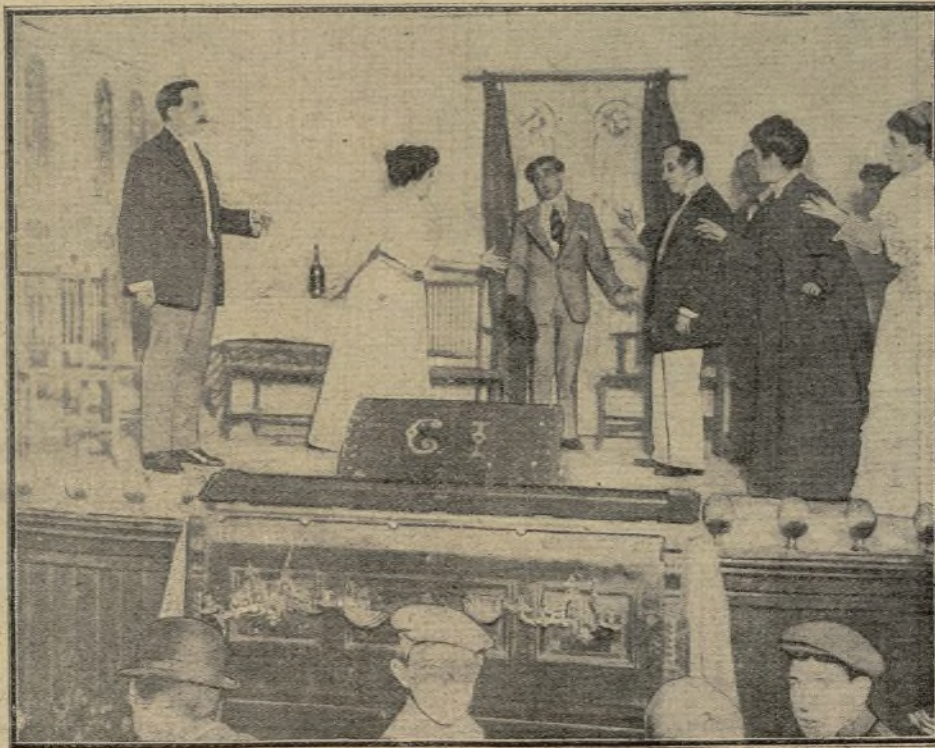


SEÑORITA RODRÍGUEZ Y SR. PORREDÓN, EN UNA ESCENA DE «EL MARIDO DE SU VIUDA», ÚLTIMA OBRA DEL ILUSTRE BENAVENTE, ESTRENADA CON EXCELENTE ÉXITO EN EL PRÍNCIPE ALFONSO

El lunes último estrenó Benavente en el Príncipe Alfonso. Huelga decir su triunfo, uno más entre la serie que supo reunir el genial autor de *Los intereses creados*. Audacias de concepto envueltas con la exquisitez del ingenio. La viuda de un hombre público se casa en segundas nupcias con el más íntimo amigo que tuvo su esposo. El segundo marido seguía tan fielmente las opiniones y gustos del primero, que por imitarle en todo se enamoró de su mujer, aun antes de poder decirse con orgullo: el marido de su viuda.

Luego nos enteramos—con esa maestría con que Benavente sabe decir cosas—que los cónyuges de hoy ya se entendían en vida del llorado muerto.

Desfilan en la obra unos tipos secundarios verdaderamente deliciosos: el bonhomo de marras, las cuñadas pudorosas y la admirable caricatura de un *reporter* de...



ESCENA ÚLTIMA DE «ARMONÍA CONYUGAL», JUGUETE CÓMICO DE CASTRO Y BOADA, ESTRENADO CON GRAN SUCESO EN EL COLISEO IMPERIAL (Fotografías Enrique.)

Muy bien los artistas encargados de la interpretación, sobresaliendo la bella y ya notable actriz Matilde Rodríguez, que está haciendo una rápida y brillante carrera, y el infatigable primer actor y director Fernando Porredón, que en el lindo coliseo de la calle de Génova continúa la artística é importante campaña iniciada en el Salón Regio.

—La razón social Castro Boada no descansa en sus laureles. Su última obra *Armonía conyugal*, estrenada en el Coliseo Imperial, fué nueva victoria para los felices autores de *El alucinado*, *La pesadilla*, *La borrica*, *El príncipe ruso* y tantas otras aplaudidísimas producciones.

La interpretación fué admirable, como corresponde á la notabilísima compañía que actúa en el Coliseo, lleno todas las noches de un público selecto, que aplaude entusiasmado la labor de tan distinguidos artistas.





Ya han comenzado á refrescar las noches, y poco á poco, siguiendo el cuarto de conversión de la temperatura, vamos haciendo los madrileños el cambio de nuestra indumentaria.

Claro está que me refiero á los que, en buena hora se diga, pueden permitirse el lujo de tener ropa adecuada para las dos estaciones contrapuestas del año, pues desdichadamente hay muchos que no la tienen para ninguna.

Tener ropa de entretiempo es ya una superfluidad exclusiva de los seres privilegiados.

para que pasen á la jurisdicción de los hijos.

Hay traje que comenzó siendo de levita y acaba siendo de marinerito.

Inútil es decir, que cuando llega á cubrir las carnes del tercer hermano, ya no queda del tejido más que la apariencia.

Pero ningún padre cae en la cuenta, y todos cometen la injusticia de hacer pagar al último que se lo pone las culpas de sus predecesores.

Por eso tienen fama de destrozones los chicos pequeños.

¡Parece mentira, hijo mío—



Los ternos de seda cruda en el verano y los gabanes de pieles en el invierno, son ya cosas de los dioses.

Los simples mortales, no tan simples como los que andan en cueros, estamos cambiando ahora, á medida que cambia el tiempo, la ropita estival por los arreos invernales.

Esta es la época del año en que todos los problemas políticos, sociales y religiosos ceden el puesto de honor al problema de la indumentaria.

Las honradas madres de familia rivalizan en habilidad para ribetear pantalones, planchar rodilleras, destripar codos y desengrasar cuellos.

Los sastres de portal, mis queridos colegas, se dedican á la noble tarea de volver gabanes y achicar prendas paternas

exclaman las madres con tono enfático, como si les chorrease la razón por los labios—, parece mentira! Un traje que ha llevado tu pobre padre tres años, y tu hermano mayor otros tres y otros tres Rafaelito, y tú no has hecho más que ponértele y ya lo has hecho una criba. Píllolo, granuja, ¿te parece bien? Y las mamás ponen fin á esta rotaci3n con tres ó cuatro zapatillazos, uno encima de otro, para que el efecto sea más contundente.

Los niños se quedan tan convencidos de que, efectivamente, son unos destrozones y la mamá tiene razón sobrada para regañarles y calentarles el sitio donde los rotos son mayores.

¡Oh edad feliz en que no se disciernen las injusticias! Verdad es que cuando llega-

mos á hombres las discernimos y nos indignan; pero para el caso es lo mismo, porque las toleramos como si fuéramos niños.

El alcanfor y la naftalina trascienden por todas partes, y los balcones parecen escaparates de prenderías, porque en ellos se orea la ropa de toda la familia, incluso de los sirvientes.

En el teatro, en el café, en los tranvías le toca á usted al lado un viajero que apesta á alcanfor, y tiene usted que abandonar el sitio por no marearse.

El viajero lo nota y no se explica cómo puede oler el traje después de haber estado al balcón una semana; hasta que va á utilizar uno de los bolsillos y se encuentra con tres bolas de naftalina.

Lo raro es encontrarse con tres billetes de cinco duros, del invierno pasado.

Hay quien va graduando el cambio de indumentaria prenda por prenda, y el primer día de fresco sustituye solo la camiseta sin mangas por otra con ellas, y así sucesivamente, hasta ponerse los guantes de estambre y la bufanda; á pesar de cuyas precauciones atrapa los constipados que por clasificación le corresponden, y acaso uno más que los que no toman tantas precauciones higiénicas.

Ya nos encontramos cara al frío; ya empieza á parecernos más agradable y más beneficioso para la salud el verano, sin perjuicio de que cuando llegue el mes de Agosto y sudemos por cada poro una fuente, volvamos á suspirar por el invierno.

Ya empiezan á oírse en los sitios públicos las primeras toses de la temporada y los pri-



meros estornudos; pronto volverán á despertarnos con el agudo tintineo de sus cencerros las burras de leche.

La flor de malva y el ponche sustituyen á la zarzaparrilla y al helado, y los choubersky á los ventiladores, y en la estadística de la mortalidad que todos los meses publica *El Siglo Médico*, ocupan las enfermedades del aparato respiratorio la casilla de honor que antes ocupaban las del tubo digestivo.

Pero la mortalidad es la misma; no hace más que cambiar de nombre.

Hay, sin embargo, la peque-

ña ventaja de que parece mucho más elegante morir de una pulmonía doble que de una obstrucción del intestino.

Por lo general, las enfermedades propias de la estación de invierno—digámoslo en su elogio—son más *chic* que las de verano.

A Murger no se le ocurrió que *Mimi* muriese de un cólico cerrado.

¡Cualquiera le escribe á un cólico una romanza!

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

(Dibujos de TOVAR.)







Originales propiedad del «NEW YORK HERALD»

Impreso en máquina rotativa especial para colores. — Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid